

ban sus fueros, ya, en fin, dictando disposiciones generales para quitar toda zizaña del ya floreciente campo de la monarquía, logró entonces como antes, las bendiciones de sus vasallos, obteniendo en cambio cuanto había menester para continuar la empresa de Granada. Los particulares y personas pudientes del reino queriendo contribuir también á aquella empresa, acudieron para su realización con un empréstito general; y el soberano Pontífice expidió un notable breve con el cual autorizaba á Isabel y á Fernando para que así las rentas del clero, como de las órdenes militares, de Castilla y de Aragón, pudieran ser aplicadas por los Monarcas, según la ocasión lo pidiera, á los gastos de la guerra, otorgando al propio tiempo á cuantos tomaran armas bajo sus pendones, las indulgencias de la Cruzada.

Pero no era posible llegar al logro de las aspiraciones de los Reyes y de sus pueblos sin nuevos contratiempos y dolores: la tristísima nueva de uno de los más terribles desastres que había llorado la España cristiana, llenó de luto el corazón de Isabel y Fernando. El valor imprudente del gran maestre de Santiago, D. Alfonso de Cárdenas llevó un lucido ejército á las asperezas de la Axarquía de Málaga, desoyendo el consejo del marqués de Cádiz, y en aquellas escabrosas angosturas, el atrevido Muley Audalla, conocido por el Zagal y hermano del viejo Hazen, derrotaba completamente al ejército cristiano, pudiendo á duras penas salvarse el maestre de Santiago y el marqués de Cádiz, y quedando cautivo el conde Cifuentes. Tan triste nueva si produjo tristísima impresión en Doña Isabel, no fué bastante para entibiar en lo más mínimo su entusiasmo y el de sus pueblos; y los más poderosos magnates y prelados, y las villas y ciudades más importantes, acudieron á los reyes, para consolarlos y fortalecerlos en aquella desventura.

Fausto acontecimiento vino en breve á borrar por completo la rota de la Axarquía. Deseoso Boabdil de oscurecer la gloria de su padre y la que acababa de conseguir con aquel fácil triunfo su tío Audalla, resolvió llevar las armas granadinas al centro de los dominios cristianos; acompañado de Aliatar marchó sobre Lucena, y en aquella des-

graciada expedición que costó la vida al viejo alcaide de Loja, después de ver morir á su lado á los caballeros que formaban su guardia, cayó prisionero el mismo Rey Boabdil, entregando el ensangrentado alfanje al alcaide de los donceles.

Al tener noticia de tan gran victoria, difundióse la alegría entre los cristianos; y trasladado el monarca prisionero con gran ceremonia á Córdoba, y conducido después á la fortaleza de Porcuna, bien pronto recibió D. Fernando en la antigua capital del Califato la embajada de la sultana Aixa, madre de Boabdil que enviaba á todos los nobles de su partido, ofreciendo gran suma de dinero y multitud de cautivos cristianos, por el rescate de su hijo.

En diversos pareceres dividióse con tal motivo los consejeros de Fernando. El maestre de Santiago y otros muchos opinaron, que debía conservarse el coronado prisionero, como prenda de inmenso valor, mientras el marqués de Cádiz aconsejaba darle la libertad, porque de este modo permanecerían cada vez más vivas las discordias entre los musulmanes, facilitando el triunfo á las armas cristianas. Ante tan opuestos pareceres, el Rey que conocía toda la importancia del consejo de su esposa, ausente á la sazón en las provincias del norte, decidió consultarlo, y como el voto del marqués estuviese en armonía con la política que ya había iniciado Doña Isabel al tratarse del socorro de Alhama, su contestación fué, como no podía menos, favorable al dictámen de el de Cádiz, con lo que se acordó el rescate de Boabdil, pero con las más favorables condiciones para los cristianos. Por ellas Boabdil se declaraba fiel vasallo de los reyes de Castilla; se obligaba á pagar un tributo anual de doce mil doblas de oro; á entregar cuatrocientos cautivos cristianos; á dar paso por sus tierras á las tropas de D. Fernando y de Doña Isabel, que fuesen á hacer la guerra á su padre Muley-Hazen y á su tío el Zagal; á presentarse en la corte cuando á ella fuera llamado, y á dar á su hijo y á los de los principales nobles en rehenes, para la seguridad de aquel concierto, guardándose treguas por dos años entre el príncipe infiel y los reyes de Castilla y de Aragón.

Apenas de regreso en la frontera granadina aquel rey musulman, no sin razon llamado el *Zogoibi* (el Desventurado,) despues de pasar por el amargo trance de despedirse de su hijo, fruto querido del amor de Moraima, las previsoras miras de Doña Isabel empezaron á realizarse. La guerra civil turbó en breve las calles de la ciudad, querida de los Beni-Nasr: Boabdil dominaba en el Albaicin, sostenido por sus parciales: Muley en la Alhambra con los suyos; y aquella lucha parricida amenazaba destruir por si sola el vacilante imperio musulmico, porque, como acontece siempre en las guerras civiles, la lucha era cada vez mas desesperada y terrible: por ventura para los infieles la voz de los faquíes logró ser oida, y admitidos tratos de paz llegóse á un avenimiento, por el cual quedaba Hazen en Granada cual príncipe soberano, tocando á Boabdil el señorío de Almería, donde guardaria el título y la magestad de Rey. El imperio granadino resultaba con esto ya dividido en dos monarquías rivales: el éxito de las armas debia completar los planes de una política tan prudente como de seguros resultados, para la España cristiana.

En vano Muley-Hazen, ansiando rehabilitar su nombre ante el pueblo granadino con alguna gloriosa empresa, penetraba en el territorio cristiano, llevando sus armas hasta los campos de Utrera bajo la conducta del valeroso Bejir alcaide de Málaga: las márgenes del Lopera vieron desbaratados por los hombres del marqués de Cádiz y los caballeros de Alcántara las terribles falanges de los Gomeles quedando el veterano Bejir en poder de los cristianos, y hallando apenas salvacion en la fuga el animoso Hamet el Zegri, terror de la frontera: la afrenta de la Axarquía quedaba nuevamente vengada rescatándose en las márgenes del Guadalete caballos, arneses, yelmos y armas, perdidas en los montes malagueños. A la derrota de Lopera sigue en breve la reconquista de Zahara, llevada á feliz término por el esforzado D. Rodrigo Ponce de Leon, y puesta la guarda de Alhama al cuidado de D. Iñigo Lopez de Mendoza, primer Conde de Tendilla, lograba este generoso caudillo llevar el terror y la muerte hasta las mismas puertas de Granada, no sin desdoro del viejo

Hazen que perdió poco á poco la estimacion de sus parciales, quienes le consideraban impotente para refrenar las correrias cristianas.

Pero no eran estos desastres mas que las nubes precursoras de la tempestad. Preparábase en la corte de los Reyes de Castilla y Aragon todo lo necesario para plantear un sistema general de campaña, y alma de aquella empresa, como acertadamente escribe un historiador ya citado ¹, Doña Isabel á todo atendia, de todo cuidaba, así alentaba al Rey su esposo como sabia estimular al simple soldado, y velando incesantemente porque no faltasen al ejército armamentos, viveres y municiones, demostraba con su actividad incesante que no habia de tener reposo hasta que viese tremolar el pendon de la cruz sobre los minaretes de la Alhambra. De este modo al comenzar la primavera de 1484 los guerreros de Isabel y Fernando llegaron hasta amenazar la ciudad mas importante del ya escaso territorio granadino, la soberbia Málaga, emporio de riqueza y puerto importantísimo, porque en él desembarcaban los socorros de Africa que era el único punto donde podia encontrar algun amparo el Rey de Granada. Allora, Setenil y otras muchas fortalezas de la Serranía de Ronda caian en poder del Rey Fernando: la vega malagueña era presa de las llamas; Coin, Córta y otras muchas plazas tenidas por inexpugnables ceden ante el esfuerzo de los guerreros de la cruz, y la importante toma de Ronda, coronando aquella série de rápidos triunfos, arrojaba del trono de Granada al viejo Muley-Hazen, elevaba al trono de los Beni-Nasr al enérgico Audalla, y ponía de manifiesto una vez mas, la ardiente caridad de Doña Isabel que al sacar á los infelices cautivos de las mazmorras de Ronda, no solo les prodigaba los consuelos de una madre, sino que facilitándoles vestidos y alimentos les proveia de cuanto necesitaban para volver á sus casas y reponerse en el seno de sus familias de los tristes y terribles dias del cautiverio.

Las discordias intestinas seguian entretanto destrozando la desdichada monarquía islamita. Tres distintos príncipes se disputaban

ya el cetro, y aprovechando aquella civil contienda, continuaban los Reyes Católicos su empresa, apoderándose de los castillos de Combil y Alhabar, para cuya expugnacion necesitaron la artillería, que pesada y de dificultísimo trasporte en aquella época estaba, sin embargo, llamada á jugar importante papel en la campaña, gracias á la poderosa voluntad de la Reina, que á través de ásperas y fragosas sierras lograba abrir anchos caminos para que pasaran los trenes de batir. No menos afortunado el ejército en Loja, logró D. Fernando conquistarla también, dejando así vengado el descalabro que sufriera en la cuesta de Albohazun, y rendido el presidio de Illora, conquistada la villa de Moelin, fortaleza á que daban los moros el título de *escudo de Granada*, escuchaban los Reyes en la rendida fortaleza el solemne canto de *Benedictus qui venit in nomine Domini*, entonado por los pobres cautivos, que de este modo pagaban á sus Reyes el beneficio de la libertad que conseguían.

Habian corrido los años de 1485 y 1486 señalándose con repetidos triunfos la marcha del ejército cristiano, y comenzadas tras de breve pausa en 1487 las operaciones contra Málaga, despues de difícil y disputado sitio caía Velez con los castillos de Comaresch, Benamarhoja y Cómpea en poder del rey católico, que movió en seguida su campo sobre Málaga, no sin haber tenido que vencer heroica resistencia en los habitantes de las cercanas sierras.

Empresa era la conquista de esta ciudad de gran trascendencia. Málaga en aquella época podia considerarse como verdadero emporio de los puertos del Mediterráneo: sosteniendo activo y abundante comercio con el Africa y las islas de Levante, llevaba sus barcos hasta la Siria y Palestina con fama de sus ricas sederías y creciente provecho de sus hijos: fundada en un valle que se dilatava á orillas del mar y guarecida por levantadas cordilleras de montañas, rodeábanla altos y robustos muros, coronados de fuertes y almenadas torres. Dos fortalezas que gozaban fama de inexpugnables la defendian: el castillo de Gibralfaro, asentado en la cumbre del cerro mas inmediato al mar y la renombrada Alcazaba en la pendiente de aquel mismo cerro

casi tocando á la playa. No cabiendo dentro de los muros la poblacion, cada vez mas opulenta y rica, habíase derramado en dos arrabales; á la parte del Mediterráneo el uno enriquecido por quintas y jardines, recreo y encanto de aquellos felices mercaderes; circuido el otro de murallas y baluartes y habitado por gente industriosa, pero avezada á los peligros, y apta para sufrir toda clase de privaciones. Málaga florecia, pues, en la paz, no desprovista de medios y defensas para la guerra¹.

A conquistarla para el cristianismo se dirigian las vencedoras armas de Castilla, pero no habia de lograr el ejército sentar sus reales, sin verse obligado á ganar el terreno palmo á palmo.

No bien D. Fernando, plantando el pabellon real marcó la línea del campamento, que formando semicírculo al rededor de Málaga cerraba por el mar con las naves ancladas en la bahía dejando en el centro á la ciudad, cuando tuvo ocasion de conocer, que no era fácil empresa, sino arriesgada y de difícil éxito, la conquista de aquella plaza. Si desembarcados los poderosos trenes de batir, de que gracias á la actividad de Isabel disponia el ejército, comenzaron á vomitar piedra y hierro sobre los sitiados, Hamet-el-Zegrí que tenia también poderosas piezas de artillería y diestros soldados que entendieran su difícil manejo, bien pronto obligó á los cristianos á suspender los trabajos del sitio durante el día, y al mismo monarca á retirar su tienda al amparo de una colina, porque las banderas de Aragon y Castilla que en el pabellon real ondeaban, la habian hecho blanco de la certera puntería de los malagueños. Los castellanos sin embargo, sin cejar un momento en su propósito, dirigian cada vez con mas fuerza sus ataques, y el conde de Cifuentes fué el primero que apostillando un torreón del arrabal, intentó por dos veces subir por la brecha dando repetidos asaltos, en uno de los cuales le prestó poderosa ayuda el duque de Nájera y el comendador de Calatrava. Sus esfuerzos sin embargo tuvieron un tristísimo éxito: ya los castellanos lanzaban

¹ Historia ya citada de la villa y corte de Madrid.